

François Jullien

**De lo universal,
de lo uniforme, de lo común
y del diálogo entre las culturas**

**Traducción del francés de
Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar**

Biblioteca de Ensayo 71 (Serie Mayor) Ediciones Siruela

Índice

De lo universal, de lo uniforme, de lo común y del diálogo entre las culturas

Advertencia	13
Itinerario	15
I De lo universal	19
II De lo uniforme	31
III De lo común	39
IV Del advenimiento de la Ciudad a la extensión cosmopolita de lo común	49
V El otro plano: lo universal como categoría lógica de la filosofía	61
VI Primer encuentro de lo universal y lo común: la ciudadanía romana se hace extensiva al imperio entero	71
VII Pablo y el proyecto de superación de todo comunitarismo por medio del universalismo cristiano	79

**De lo universal,
de lo uniforme, de lo común
y del diálogo entre las culturas**

A Léon Vandermeersch,
en reconocimiento de su apoyo, tan cercano,

a Arnold Davidson,
Du Xiaozhen, Roberto Esposito,
Paolo Fabbri, Peter Gente, Wolfgang Kubin,
Le Huu Khoa y Lin Chi-ming,
por nuestro entendimiento a distancia

Este texto es el resultado de una conferencia pronunciada en el marco del Curso metódico y popular de filosofía que organiza el Instituto de pensamiento contemporáneo de la Universidad París-7 Denis Diderot en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad (10 de mayo de 2006).

Creo en el buen uso de los géneros. El texto que sigue remite al del Discurso o al de la Letra: circula apresuradamente en el amontonamiento de las referencias a fin de volver inteligible la cuestión planteada. ¿No es acaso preciso, en efecto, avanzar a machetazos para abrirse camino en lo que la inmensidad del saber exigido convierte en inabordable y lo que el régimen de la opinión mantiene opacamente embarullado?

Era ya tiempo de que, forzado a resolverme por los ruidosos defensores de un humanismo muelle, me explicara en relación con la cuestión de lo universal. Ahora bien, sólo podía hacerlo construyendo este triángulo: poniendo en tensión lo universal, tanto con su anverso, lo uniforme, como con lo que inspira: lo común.

¿O no era preciso rescatar el propio «diálogo de las culturas» de este reino del pensamiento débil?

Advertencia

Resulta indudable que las culturas, en los diversos confines del mundo, bajo intercambios y tráficos de toda suerte, de hombres y de bienes, a pesar incluso de las guerras y las deportaciones, continúan aún en cierto modo –irreductiblemente– dialogando entre sí. Sesgadamente, hasta el límite de la extinción, con terquedad: a través de los préstamos, las contaminaciones y las influencias, pero a través igualmente de las equivocaciones, las resistencias, las torsiones, las disidencias o simplemente los vestigios y los testimonios enterrados bajo las ruinas y que la Historia redescubre. La cuestión explícita de un diálogo entre las culturas, por su parte, no deja de ser por ello asombrosamente reciente. Y es que no hay duda de que, para que se planteara, se hacía preciso que el cara a cara de las culturas mutase al fin, brutalmente, su magnitud y su régimen: que, abandonando las simples relaciones episódicas y de contigüidad, adquiriera una dimensión global y que el inventario cultural de un mundo finito, gracias al minucioso trabajo de los antropólogos, pareciera hallarse en vías de extinción. Hacía falta además que la cultura aupada al plano dominante en estos últimos siglos –la «occidental»– viera resquebrajarse su posición soberana y no pudiera seguir mostrándose tan perentoria en cuanto a su legitimidad de principio. Lo cual desemboca en la actualidad en esta situación contrapuesta, e incluso en buena medida contradictoria: por un lado, la estandarización de los modos de vida, de producción, de consumo y de tratamiento mediático amenaza con cubrir con su manto toda la diversidad cultural, en todo el mundo, hasta hacerla desaparecer; y por otro, lejos de desdibujarse, hete aquí que los conflictos de orden cultural ganan virulencia, debido al giro ideológico que hoy adoptan, y toman el relevo de los imperialismos de otra época, dejando oír aquí o

allá su carga explosiva. Tanto en una como en otra de estas dos cosmovisiones, distamos mucho de tener garantizadas las condiciones necesarias para un diálogo *inteligente* entre las culturas.

Ahora bien, ¿a qué se debe que nos veamos abocados a este callejón sin salida? ¿A qué se debe que este «diálogo», que sabemos no obstante indispensable, nos fatigue antes incluso de abordarlo? ¿No será precisamente que todavía se halla en nuestros días excesivamente saturado de buenas intenciones –por no haber sido aún suficientemente construido– para resultar en último término creíble? Es decir: no hay duda de que la excesiva carga de *corrección ideológica* que actualmente lo caracteriza lo condena al desinterés del público, a pesar de las manifestaciones, a favor y en contra, que suscita. Y tampoco será posible purgarlo, en mi opinión, del humanismo muelle en el que se halla inmerso, y en el que se deslíe, más que haciendo que reaparezcan metódicamente algunas de las aristas propicias al debate. Por esta razón voy a proponer, a fin de reactivar el asunto, la repartición de los siguientes tres términos conexos, que enmarcan un triángulo, pero que demasiado a menudo han sido confundidos o se han mantenido separados: me refiero a lo universal-lo uniforme-lo común. Estas tres nociones se superponen, evidentemente, pero en planos distintos. Por eso, aunque el discurso predominante se contenta con juzgarlas equivalentes, o así lo finge cuando menos –o bien no profundiza más que en una de ellas sin engazarla con las otras–, yo tomaré el partido inverso: el que consiste a un tiempo en sondear su diferencia y concebirlas en coloquio, y todo ello con vistas a erigir sobre este trípode la mesa de los debates futuros. Empezaré por tanto por retomarlas una a una, pero para proceder a un ajuste conjunto de sus características. Y aún será preciso decaparlas para recuperar sus formas desnudas bajo el amontonamiento del aluvión arrastrado por la *doxa*. No temamos, en efecto, para arrancar el debate a las mallas de la opinión, el filo del concepto.

Itinerario

I. *Crítica de las nociones* – capítulos I a III

¿De qué nociones disponemos –que podamos promover conceptualmente– para pensar la relación entre las culturas? ¿Acaso no desfallecen y se hallan todas sujetas a crítica, al menos por uno de sus flancos? Y es que ni siquiera lo *universal*, concepto riguroso de la razón, derivado además de la teoría del conocimiento, puede disimular su ambigüedad: ¿sirve únicamente para reconocer una totalidad constatada en la experiencia o señala un deber ser proyectado como *a priori* que establece una norma absoluta para toda humanidad? Tampoco podemos dar crédito a la transparencia de esta noción ni a la neutralidad de su uso si consideramos la singular historia de la que surgió –en contradicción con su exigencia–, pues brota de un encarnizado conflicto con lo singular que se renueva en cada etapa de la filosofía.

Ahora bien, lejos de constituir su realización pacífica, lo uniforme es el doble perverso de lo universal, un doble que la globalización propala desde hace algún tiempo. Al saturar el mundo se hacía pasar subrepticamente por él, pero no puede invocar legitimidad, pues no se apoya en la autoridad de una necesidad sino de una comodidad; remite a un interés que no es de la razón, sino de la producción: al difundir indefinidamente lo semejante lo convierte en el único paisaje que nos queda y de este modo lo acredita. Además, su dictadura es tanto más insidiosa cuanto que es discreta y no se hace notar.

Y en cuanto a lo *común*, es sin duda el ámbito de la repartición y, como tal, directamente político: no invoca un *a priori* hipotético, como lo universal, sino que señala el fondo sin fondo en el que arraiga nuestra experiencia y que ella misma contribuye a desplegar. Por eso es indefinidamente extensivo. Aunque no por ello deje de amenazarle la posibilidad de expe-

rimentar un vuelco y, de incluyente, transformarse en excluyente; en lugar de abrirse a una mayor participación, podría desembocar en su contrario: el «comunitarismo».

II. *Genealogía europea* – capítulos IV a VII

No obstante, al seguir el hilo de la historia, se observa el efectivo despliegue de lo común a partir del surgimiento de la Ciudad, hasta topar, en el ámbito del cosmopolitismo estoico, con la exigencia de lo universal. Éste, sin embargo, pese a guiar esa difusión de lo común, no posee por ello la unidad que se le supone. Y es que lo universal ha ido constando de diversos planos en la esfera de la cultura europea: el lógico, con la aparición del concepto; el jurídico, con la instauración de la ciudadanía romana; y el religioso, con la disolución paulina de toda divergencia en el amor divino y en la economía de la salvación.

Por tanto, y contrariamente a aquello por lo que se hace pasar en el ámbito filosófico, ¿no remite entonces lo universal a un arreglo mixto, por no decir caótico? ¿Y no deriva justamente su prestigio, en Europa, del hecho de que contribuya a mantener unida toda esa heterogeneidad sirviéndole de clave de bóveda ideológica?

III. *Indagación y problematismo* – capítulos VIII a XI

De ahí que la filosofía necesite salir al fin de su feudo, incluso a riesgo de tener que cambiar de régimen, hacerse exploradora y romper con su tranquilizador orden de razones. Pues ¿qué vale la noción de lo universal una vez que se abandona el marco europeo –y por cierto, se la sigue comprendiendo–? Esta interrogante se divide a su vez en dos: 1) ¿en qué medida han desarrollado las demás culturas la exigencia de lo universal?, y 2) ¿existen nociones que sean universales de entrada, es decir, *a priori*? El hecho de no estar seguros de poder responder afirmativamente ni a lo uno ni a lo otro obliga a pensar de nuevo la validez de lo universal y a asumir los nuevos costes de ese replanteamiento, esto es, fuerza a concebirlo no ya como una totalidad positiva y saturada, sino, al revés, como la exigen-

cia, propia de lo *negativo*, de propiciar la reapertura de toda universalidad cerrada y satisfecha –precisamente aquella de la que se prevale todo universalismo.

Al mismo tiempo, lo *común* de las culturas no podrá comprenderse en lo sucesivo ni como síntesis ni como denominador ni como fundamento, sino como lo común de lo *inteligible*, que no sólo se halla en continuo despliegue, sino que viene guiado por ese universal «regulador». Ejemplo privilegiado: los derechos humanos. Occidente no puede seguir pretendiendo exportarlos en virtud de su contenido positivo, es decir al modo de ese tipo de lecciones que enseñan arrogantemente a los demás cómo se ha de vivir; y por otro lado, su vertiente negativa, al hacer brotar un *a priori* del rechazo que suscita lo que su carencia hace aflorar súbitamente, y que es de carácter incondicionalmente inaceptable, esto es, independiente de las perspectivas consustanciales a las diversas culturas, sirve como un eficaz factor *universalizante* de filo aún no embotado.

IV. *Envites y posturas* – capítulos XII a XIII

La primera consecuencia es que la pluralidad de las culturas no debe ya enfocarse desde la catalogadora perspectiva de la diferencia, sino desde el punto de vista exploratorio de la *distancia* que tensiona, que descubre hasta dónde llegan las posibilidades y que presenta las distintas facetas de la diversidad de las culturas como otros tantos *recursos* a explotar. Es una forma de incitarnos a pasar de una estéril defensa de la identidad cultural a la fecundidad emanada de una resistencia a la uniformidad engendrada por la globalización. En efecto, el «diálogo» de las culturas sólo tendrá fuerza si logra dar juego a ese *diá* de la distancia y de lo negativo, sabiendo al propio tiempo situarse en ese único plano común de lo *inteligible* (*logos*). Mediante el dispositivo que de este modo instaura, al ubicar a las diversas culturas en un mismo plano de igualdad, y sin suponer ya ninguna universalidad dada por principio, ese diálogo genera las nuevas condiciones precisas para una *autorreflexión de lo humano* –el infinito taller que se abre una vez caducadas las últimas mitologías del Hombre.